

CARA POR IGNACIO AGUSTI * Y CRUZ

procesos y novelaría

SERA hora de preguntarnos si nos debe alarmar, lo que ocurre con algunos escritores de la Rusia soviética. Como es sabido, hubo hace unas semanas la celebración de un juicio contra Andrei Siniavski y Yuli Daniel, acusados de haber enviado al exterior, sin autorización, el original de algunas de sus obras, en las que se hablaba de aspectos de la sociedad soviética que resultaron poco gratos a las jerarquías. La noticia no acababa de manifestar cuál era el verdadero motivo de la acción judicial: si el hecho mismo del tráfico intelectual subrepticio a través del telón de acero o el contenido de las obras. Los pormenores del juicio de Moscú, pese a que éste se celebraba a puerta cerrada, fueron transcritos con todo detalle por los corresponsales. Se subrayaba que grupos de curiosos aguardaban a la puerta del Tribunal el resultado del proceso y todas sus incidencias. Se tuvo conocimiento de las declaraciones de los acusados y de las de algunos testigos y, finalmente, nos parece que hubo una cierta decepción cuando se comunicó la cuantía de la pena impuesta, que no era más que de siete años de reclusión en un campo de trabajo. Habitados a las grandes purgas de los años treinta, la sentencia dada al caso resultaba irrisoria, y que conste que no entramos en el fondo del tema, sino sólo en la impresión que causó, comparativamente a los grandes procesos y con relación al barullo periodístico que había armado en estas zonas.

Parece como si se quisiera prolongar la escena, puesto que la cuestión no ha acabado después de dictada la sentencia: se habla de que uno de los testigos que fue citado a declarar, ha sido a su vez procesado porque no supo o no quiso decir quién le había entregado para su lectura las obras discriminadas; se dice que otro, identificado como un tal Wyscheslav Parkunov, ha sido detenido e internado en una clínica psiquiátrica sólo por mostrar un interés desusado en entrar en la sala de Audiencias, mientras se celebraba el ruidoso proceso; y que otros muchos simpatizantes de los dos escritores que se concentraron en las inmediaciones de la sala, están siendo interrogados por la policía política respecto a su interés en el caso. De todo ello pretenden deducir los comentaristas y expertos que "algo huele mal en Rusia". Entre tanto, un escritor soviético, a quien inexplicablemente las autoridades de su país dieron licencia para marchar al extranjero, el señor Valery Tarsis, al poner pie en los Estados Unidos acaba de declarar que en Rusia se espera para

antes de seis años una revolución que derroque al régimen soviético. "Altas personalidades, de las que no sospechan las autoridades, están complicadas en un plan de conspiración, de entrenamiento y de recogida de armas", ha dicho a un redactor del "New York Times". Añadía que lo que se prepara en Rusia es el establecimiento de una República similar a la de los Estados Unidos, tras el derrocamiento del actual sistema. Y sus palabras parece que han tenido un profundo eco en las esferas sociales de Washington.

Nosotros no estamos en condiciones de juzgar la autenticidad o verosimilitud de la interpretación que Valery Tarsis da a las realidades soviéticas actuales en Rusia. Si la cuestión hubiera sido así planteada hace ochenta o cien años, hubiéramos podido dar a la inteligencia rusa un valor determinado y ponderar los efectos de su presión sobre las esferas sociológicas o políticas circundantes. Pero desde hace un tiempo nos parece que esta inteligencia ya no es la del creador literario, del novelista o del poeta, sino de los hombres de investigación, de los ingenieros o de los técnicos de laboratorio.

A nosotros nos parece que ésta no es época en que una novela pueda hacer que se desvanezca un régimen, del mismo modo que no es tiempo en que un violinista haga desmayar con un "pizzicato" a una señora, como ocurría antes. La mayoría de los comentaristas occidentales parece que deseen con toda su alma que se produzca en Rusia un pronunciamiento de escritores en contra del régimen, que se pusieran a entonar un himno sobre las gracias de la civilización occidental, sobre las glorias de la Costa Azul, sobre las delicias del Carnaval de Río o la filosofía de Wall Street. Pero no parece probable que esto ocurra. Lo útil sería esperar que los escritores de la Unión Soviética se manifestaran un día, y no de forma violenta, en favor de las páginas hoy proscritas de Fedor Dostoievski, en el que verdaderamente está inserta la verdad de Rusia y de su alma, o reivindicaran para sí la gloria de ser hermanos y sucesores de Puchkin, de Gógol, de Chekov, de Turgueniév y de Tolstói. Con tan grandes maestros, con tan ilustre tradición, ¿cómo esperar que novelistas y poetas se inscriban en el rango de Steinbeck o Dos Passos o que se inclinen a los módulos editoriales de una moda literaria cualquiera de Occidente?

Porque si hubiera en Rusia un escritor con fuerza y con aplomo, podría sin duda decir la verdad y la de todos, sin necesidad alguna de derribar al gobierno. Lo demás es sólo un procedimiento económico de cambiar el rublo por el dólar, que en definitiva éstos sí son lo mismo y valen de modo similar. Y por ello es posible que el juicio de Moscú no tenga más alcance que el de un tráfico de divisas.